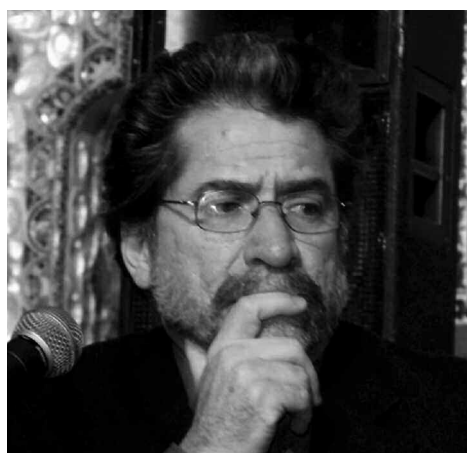


Ciudades humedecidas por el recuerdo

Claudia Guillén

Para mucha gente, las ciudades se erigen como escenarios naturales de los recuerdos, tanto los propios como los ajenos, del presente o del pasado, ingratos o dichosos, con lo que éstas establecen una vida propia que también integra nuestras experiencias para poder existir. Ya sean pequeñas o monstruosas, las urbes reúnen —en sus arquitecturas y debido a los sucesos que se desarrollan en ellas— la memoria que da pie a su propio relato. Por esta razón, su origen es determinante, de una u otra manera, para el destino de sus habitantes: ciudades imaginarias, ciudades arboladas, ciudades desérticas, ciudades ficticias, ciudades desencantadas, ciudades nostálgicas, ciudades luminosas, ciudades... todas ellas trazan la cartografía espiritual de los individuos. Quizá por ello son a un tiempo marco, personaje y testigo de las historias que se han llevado a la literatura.

Si bien existen narradores que ponen especial énfasis en los espacios urbanos que sustentan sus relatos, éstos no siempre adquieren carácter de protagonistas. Incluso me atrevería a decir que los autores que recrean atmósferas densas y vertiginosas narran las grandes urbes. El espacio, por ejemplo, de la Ciudad de México aparece reflejado en la obra de autores como José Emilio Pacheco, José Agustín, Guillermo Fadanelli, Gabriela Cervantes Vallejo, Héctor de Mauleón, Anamari Gomís, entre otros. Y a esta enumeración de espléndidos tejedores de historias hay que añadir la voz de Rafael Pérez Gay (1957), quien en cada uno de sus libros, ya sean de ficción —*Esta vez para siempre*, *Llamadas nocturnas*, *Me perderé contigo*, *Paraísos duros de roer*— o compilación de crónicas —*Car-*



Rafael Pérez Gay

gos de conciencia, *Diatribas de la vida cotidiana* y *No estamos para nadie*— construye su propia concepción de la ciudad como refugio para sus personajes.

Pérez Gay ha sido lector apasionado y agudo de las literaturas francesa y mexicana del siglo XIX. Su visión como cronista seguramente se ha alimentado de la lectura de los fundadores de la prosa nacional. Seguidor incansable de Manuel Gutiérrez Nájera —como lo demuestra en el prólogo y selección del libro *Manuel Gutiérrez Nájera*, de la colección Los Imprescindibles de la editorial Cal y Arena—, se asume heredero puro de la línea en que se insertan este autor decimonónico y sus contemporáneos. Se trata pues, de un escritor inquieto que se ha nutrido de diversas literaturas y tradiciones, las mismas que actualiza, trayéndolas a nuestro tiempo, con verdadero talento y sabiduría.

En su última entrega novelística, *Nos acompañan los muertos*, publicada por Editorial Planeta, nos vuelve a mostrar esa mirada fresca que habíamos percibido en sus libros anteriores y que no admite una na-

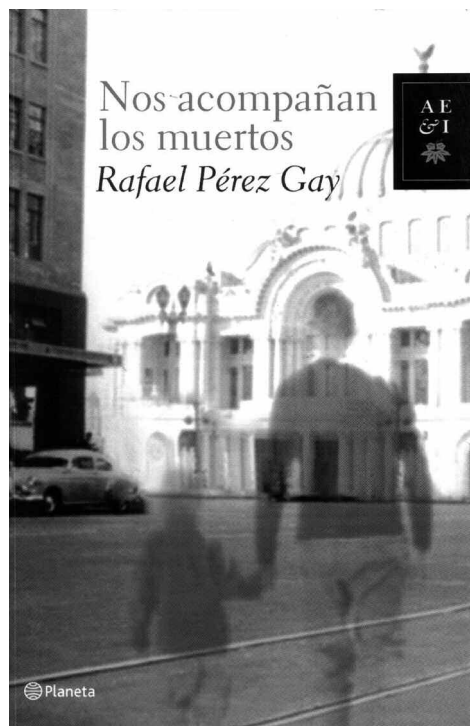
rración demasiado sentimental, por más que el tema central de este relato sea la franca decadencia física y mental de los padres del protagonista, quienes a sus ochenta y nueve años viven una realidad muy distinta de los que aún conservan algo de juventud. En vez de lamentarse en exceso por la situación de sus ancianos padres, el narrador la toma como pretexto para transitar con soltura por diversos caminos del pasado. Es decir, nos lleva de la mano para mostrarnos dos historias: la de sus padres, sí, pero también la de sus antepasados, lo que le permite desmontar la construcción de su mundo particular y detectar los orígenes que, aunque lejanos tanto en la distancia física como en la temporal, pueden convivir con el presente gracias a la mecánica de los recuerdos.

Desde las primeras páginas de cada una de estas historias, observamos que un recurso constante del narrador es aludir al agua, ya sea como elemento simbólico o como elemento vital para las ciudades y para quienes las habitan, utilizando las características que normalmente se aplican a ella para referirse a sí mismo: “De forma extraña yo volví, como el agua, a mi semejanza”. Es como si sus recuerdos flotaran en el agua de sus pensamientos. O también cuando nos presenta una narración del viaje casi mítico realizado por el protagonista al lado del río Sena, mientras la casa de sus padres en la colonia Condesa se inunda a causa de una tromba portentosa que cae en el Valle de México. Así, en esta novela el líquido vital se muestra versátil, asemejándose —al igual que la mente— a un río por momentos apacible y, en otros, ríspido, que va dejando a su paso algunos desastres; o actúa como brújula emocional para el protago-

nista, no sólo en relación con la ciudad en que vive, sino también con las que visita; o se transforma en recurso onírico para trasladar a los personajes a un tiempo impreciso donde pueden establecer comunicación tanto con los vivos como con los muertos.

Otro recurso narrativo en *Nos acompañan los muertos* es integrar al discurso ya sea preguntas u otros elementos retóricos —por ejemplo, la frase repetida: “No sé si ya dije”—, como si el protagonista tuviera un oyente específico, o un espectador de lo que narra, lo que le permite integrar al lector como parte de la trama. Este tipo de recursos, aunque recurrentes, son dosificados de tal forma que funcionan, no sólo a manera de llamadas de atención, sino también como elementos que establecen complicidad con los lectores. Así, por ejemplo, esta lectora, que al igual que el narrador de la novela ha padecido la muerte de seres queridos, no puede ser indiferente a la historia de este par de viejos entrañables, ni tampoco a sus tradiciones, porque éstas son las mismas de la mayoría de las familias de la clase media mexicana.

Pero, como apunté al principio, Rafael Pérez Gay no es un narrador que conceda demasiado espacio al sentimentalismo. Por ello, envuelve la historia de los padres y los antepasados más remotos del narrador-protagonista en un puntual registro histórico y, con una prosa que jamás abandona su característico sentido del humor, traza una crónica de varias épocas. Mientras leemos *Nos acompañan los muertos*, nos es imposible dejar a un lado la idea de que los hechos que se relatan en sus páginas son parte fundamental de la historia mexicana. A través de una verdadera labor de filigrana, el autor consigue imbricar estrechamente las historias del protagonista con el propio devenir de la Ciudad de México, desde la época de la Conquista, cuando Tenochtitlán era un espacio acuático desplegado en base a canales que, con el tiempo, se fueron perdiendo entre ríos de cemento, hasta el convulso si-



glo XIX y los principios del XX, cuando se gestó la ciudad moderna que fue testigo de las batallas y los momentos de placer vividos por sus antepasados; y de ahí viajamos a los años cuarenta y cincuenta, época en que don José y doña Alicia vivían a plenitud, asistían a cabarets, habitaban una casa frente al Parque España —espacio inaugurado por el abuelo del protagonista—, sufrían los resquebrajamientos de los años de convivencia, esperaban la llegada de cada uno de los cinco hijos, sobrellevaban sus caídas financieras y moldeaban los sueños que aún tenían posibilidad de realizarse. Era otra época: su época.

Multidireccional página a página, esta crónica-novela asimismo nos sumerge en las diferentes polémicas políticas de los últimos años, sobre todo en la más reciente. Me refiero a las elecciones de 2006, cuando la figura de Andrés Manuel López Obrador se adueñó, no sólo del escenario político, sino también del emocional de gran parte de la población mexicana. El protagonista no es ajeno a estos hechos, pues trabaja en un periódico y le ordenan cubrir la toma

del Paseo de la Reforma por los ciudadanos insatisfechos con el resultado de las elecciones, lo que permite al narrador expresar su postura ante los hechos y describir, con prosa impecable, el aspecto de las calles durante aquellos momentos tan complejos para nuestro país. Enseguida, por medio de la crónica, lleva a cabo un registro puntual del momento en que el actual presidente, Felipe Calderón, toma protesta en la Cámara de Diputados. Por supuesto, no deja a un lado uno de los temas que hasta hoy angustia al país: la guerra emprendida contra el narcotráfico.

Como su título indica, *Nos acompañan los muertos* es un registro de la memoria de quien se sabe vulnerable y observa cómo el paso del tiempo permite apreciar, a la distancia, algunos hechos que antes habían pasado desapercibidos. Un relato cargado de imágenes líricas —La frase “nos acompañan nuestros muertos” trae a la memoria aquel verso de Dámaso Alonso que dice “Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres”— que nos alivian, hasta volverlo casi agradable, en el tránsito por ese muro infranqueable que es el sentido de pérdida permanente tan palpable en el protagonista. Es, también, un homenaje a quienes se han ido para siempre, pero de alguna manera permanecen en los espacios de esta gran urbe que enmarcaron su existencia. Una novela, a la que el narrador se refiere como *informe*, en cuyas páginas conviven con toda naturalidad diferentes épocas, tradiciones, literaturas, soledades, decadencias, modernidades y anhelos. Pero, sobre todo, es un afortunado ejercicio del arte de narrar. La astucia literaria, que llevó a Rafael Pérez Gay a integrar este cosmos múltiple y diverso en *Nos acompañan los muertos*, nos reafirma que su oficio se sustenta en el rigor, el talento y una profunda pasión por esta ciudad humedecida por el recuerdo. ■

Rafael Pérez Gay, *Nos acompañan los muertos*, Editorial Planeta, México, 2009, 199 pp.

La astucia literaria que llevó a Rafael Pérez Gay a integrar este cosmos múltiple y diverso nos reafirma que su oficio se sustenta en el rigor y en el talento.